

SUBMARINO

B-7

Buena gente en una
mala guerra



De librum tremens

MIGUEL ACEYTUNO

Miguel Aceytuno Comas

Submarino B-7

Buena gente, en una mala guerra

Miguel Aceytuno Comas

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, informático, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del editor.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain
Título original: *Submarino B-7*

Copyright 2010 © Miguel Aceytuno Comas
Copyright 2010 © De Librum Tremens Editores.
www.delibrumtremens.com
Calle Nardo 53, Soto de la Moraleja, Alcobendas. Madrid 28109

Primera edición ebook: marzo 2012
ISBN: 978-84-15074-09-0
Diseño de portada: Pedro Vila

*A mi padre, cuya vida fue mucho más interesante que estas
páginas.*

*A Ricard y Bea, a los que un día que tuve que ir al infierno
y pedí que me acompañaran y no me preguntaron por qué.
Isabel, cuando Quique sea mayor, me gustaría que lo leyera.*

Y estar a tu lado

Miguel Aceytuno Comas

353

Miguel Aceytuno Comas

Primera parte: Alzamiento o traición

Dios, qué buen vasallo,
si oviesse buen señor.

Cantar del Mio Cid

Ramiro Ortega

No me malinterprete usted. Señoritos de Jerez y gente de Cai, dicen, pero yo soy de la Isla. Cañailla, vamos. Entre la salina y la Sociedad de Construcción Naval. Allí sólo tienes dos formas de ganarte la vida: pescador y contrabandista —que viene a ser lo mismo—, o de peón en el astillero; con mucha suerte, maestro electricista o soldador. Y como tan cansado era madrugar como correr delante de la Guardia Civil, cuando cumplí la edad me metí en la Marina. Eran los tiempos de las quintas para África, ¿sabe? Cuando la guerra del Rif. Como cantaban en mi pueblo:

«Si te vas para Melilla,
escribeme a mí primero,
para ponerme de luto
hasta la cinta del pelo».

Y por eso aquí me vine, que los moros no tenían, no tienen barcos. Aquello no estaba tan mal. Aprendí a leer y a escribir, me presenté a cabo, después a suboficial... Para cuando llegó la república, auxiliar segundo de máquinas a los cuarenta y tantos, para treinta de servicio. Para servirle a Dios y a usted.

Y qué le voy a contar. Marchó el rey, pero nosotros nos quedamos. Ninguno teníamos claro qué era lo que iba a pasar, pero las cosas estaban muy malamente. Mucha miseria, mucha hambre, y la dictadura no había cambiado nada. A lo mejor hacía falta eso, algo, aunque no sabíamos qué.

Pasaron los años. Asturias, la violencia... Me casé, nació Carlitos, murió después de unas tercianas... ¿Eran tan malos tiempos los de la república? ¿Hacía falta una guerra? Aun así a toro pasado, señor, no sé qué decirle. Yo era auxiliar segundo, y sólo hubiera querido vivir en paz, y que Carlitos hubiera crecido a mi lado, y que hubiera podido estudiar, y que el día de mañana, quién sabe, hubiera sido oficial, y mira, me hubiera tenido que cuadrar a su paso. Pero la vida no es lo que queremos, sino lo que hay, y hay que joderse. Y eso es, señor, y eso fue todo.

Víctor de Loreto

Mi nombre es Víctor de Loreto. Mi padre era el segundo hijo del conde de la Ley. Ya desde mi más tierna infancia me sentí llamado a seguir la tradición familiar, consistente en que los primogénitos mantengan el mayorazgo y los demás hijos varones sigan la carrera de las armas.

Mi padre era un hombre adusto, serio. No recuerdo durante mi niñez ningún gesto suyo de cariño, de alegría; aunque ahora, muchos años después, puedo percibir cuán cerca de mí estaban sus silencios, cuánto estuvo a mi lado aunque yo no lo vi. Su vida no fue fácil. No sólo tuvo que sufrir la derrota de Cuba recién graduado de la escuela naval, sino que toda su juventud quedó marcada por el desprecio social con el que tuvieron que vivir unos profesionales sólo por cumplir órdenes insensatas.

Casó mi padre con doña Amelia Mouro, mi madre, nacida en Ferrol y mucho más joven que él. Durante los primeros años de mi infancia fui educado por ella, para pasar después a un internado portugués, al querer mi padre velar por que mi cultura fuera lo más amplia posible. Con el advenimiento de la república estuvieron a punto de irse al traste mis planes, pero finalmente pude sentar plaza de guardiamarina en la Academia de San Fernando.

Terminé mis estudios con la promoción de 1936. Ya en mi último año, alférez de fragata alumno, había solicitado realizar las prácticas en la Escuela de Submarinos de Cartagena, para servir en la misma unidad que mi padre. Gracias a la amistad de éste con el almirante García de los Reyes se me concedió tal destino, con la promesa de que cuando mi hoja de servicios lo permitiera me uniría a la escuadrilla. De momento, se me nombraría segundo comandante del B-7. ¡Segundo comandante, y mi nombramiento de alférez de navío no sería efectivo sino desde el día de la Virgen del Carmen!

Al hacerme cargo de mi nuevo mando me sorprendió el bajísimo nivel intelectual de la dotación. Se mostraban ante mí hoscos, reservados, alguno incluso al borde de la descortesía. Tendría mucho trabajo para convertir aquella caterva de cabos cuarentones, incapaces de hacer la o con un canuto, en una tripulación.

Me impresionó mucho, sin embargo, el auxiliar segundo Ortega. Era un hombre bajo, ancho de hombros, corpulento, de movimientos lentos y suaves, pero siempre con un objetivo. Sus manos eran enormes, hábiles, tan útiles para acariciar a un perro que pudiera acercarse al submarino como para doblar un tubo de acero. Decía que no le gustaban las llaves inglesas porque eran eso, inglesas — llevaba clavada la espinita de Gibraltar—, así que apretaba los tornillos con las manos desnudas. A no ser que se viera obligado a mostrar otra expresión, sonreía siempre, lo que añadía miles de arrugas a su rostro bronceado, curtido por la mar, bajo el pelo gris cortado a cepillo. Tras su aspecto rudo cuidaba a la tropa como si fuera su abuela: en las guardias frías de madrugada, cuando las serviolas del puente andan calados hasta los huesos, mandaba preparar café. Pero antes de que se sirviera lo hacía llevar a la camarera y lo bautizaba con disimulo con un chorrillo de una botella que guardaba bajo el colchón, etiquetada como «marratas».

Pero lo que más sorprendía de ese hombre no era su faceta militar, o de marinero, sino algo en lo que nadie

se hubiera fijado: su forma de leer. Se cambiaba a un uniforme limpio, faena o bonito según correspondiera, se lavaba las manos y se sentaba en su rincón de la camareta. Sólo entonces abría el libro con cuidado y recorría las palabras lentamente, casi letra por letra. Primero pensé que apenas sabría leer ni escribir, pero le había visto recitar con soltura la orden del día. Sólo muchos años después, cuando hube pasado una posguerra, lo comprendí. Era hambre. Así como los viejos que han pasado una guerra besan el mendrugo de pan que cae al suelo, así trataba aquel hombre a los libros que de niño no había tenido.

Qué duda cabe, el hado me sonreía. ¡Aquel verano de 1936 no podía empezar mejor!

B-7. Cuenta el auxiliar segundo Ortega

El B-7 era un submarino tan desgraciado que no teníamos ni cocinero. A diferencia de nuestros barcos hermanos, no estábamos ni en Cartagena, con los de instrucción, ni en Mahón, con el resto de la serie. Nuestra base era la Carraca. Dos veces al mes, de mañanita, soltábamos amarras y salíamos hacia el estrecho. Ahí hacíamos inmersión y esperábamos a los *Churruca*, el ojito derecho de la flota. Material inglés, pero todo hay que decirlo, destructores conductores de primera, un lujo. Como no hemos tenido y no volveremos a tener, se lo digo yo. Jugaban un ratito al gato y al ratón con nosotros —lo que nos dejaban las baterías, ya de fábrica justitas en esta serie, y en nuestro caso con más puentes que el Camino de Ronda— y volvíamos a casa para cenar, y a dormir cada uno en nuestra camita. Como los señores.

Yo amaba con toda mi alma a aquel cascarón. Bien cierto es que había estado a punto de desguazarse tras un fallo en el soplado de los lastres que casi los envió al fondo; bendito fuera el maquinista de guardia al mandar «sopla toda» sin esperar a que el oficial se diera cuenta de la que

acababa de liar, y tras el choque con aquel mercante que tenía que ser inglés, me cago en todo.

Pero algún contador del ministerio pensaría que aquello aún tendría un buen uso, y aquí estábamos, para que los galgos de acero probaran los dientes. De ahí que los salaos de la base nos llamaran por mal nombre «la liebre». Mucho gracioso suelto es lo que hay, se lo digo yo, cuando aquellas máquinas no daban más allá de diez nudos.

Para un auxiliar segundo como yo era un destino genial. Estaba en funciones de jefe de máquinas, haciendo y deshaciendo a mi gusto, con permiso del comandante. De no ser así, hubiera terminado carboneando en el *Abuelo...*, quiero decir, el acorazado *España*. Era un puesto como mínimo para un oficial, pero ya se sabe cómo hacemos las cosas en este país. Hacía ya como un par de años que me lo habían dado provisionalmente, con la promesa de que en semanas se iba a regularizar la situación.

Además de un servidor de ustedes, los fijos de la dotación eran el señor comandante —de él hablaremos más tarde—; un cabo electricista, Biela; un cabo de radio, Curriyo; dos fogoneros preferentes, un marinero carpintero y cuatro chavales para todo, que eran los que más trabajaban. El resto de la dotación eran suboficiales, cabos y marineros alumnos de todo pelaje y especialidad, que de lunes a viernes trasteaban las tripas del B-7. Cuando terminaban la teórica del curso realizaban las prácticas de máquinas o electricidad con nosotros, o con otro par de barcos tan desgraciados como el nuestro.

El comandante merecería dos palabras aparte. El capitán de corbeta don Carlos Pérez-Solá y Rubón ya pasaba largo de los cuarenta, demasiados años para un barco como éste y unos galones como los suyos. Había sido un oficial prometedor en su juventud, pero cometió el error de haberse sumado a la «sanjurjada». Hasta aquí, bien, no hubiera sido ni el primero ni el último. Lo realmente grave fue no haber sabido agachar las orejitas después, y haber espe-

rado tiempos mejores. Este país no premia a los fieles a los caídos.

Para mí, la verdad, era el jefe perfecto. El comandante dejaba en mis manos los temas mecánicos del submarino, y muchos de los de personal. Sólo se preocupaba de que se cumpliera el planillo de servicios previsto —el cómo no quería ni saberlo—, de que la hoja de gastos no sumara más allá de lo razonable y de que la tropa sólo abandonara el submarino en perfecto estado de revista.

Quizás fuera por esto por lo que tenía tan mala fama entre las clases de tropa. Llegaba los días de mar en uniforme de paseo, se cambiaba en las oficinas y bajaba directamente al submarino en un impecable uniforme de faena, sin mancha ni arruga alguna. Pa cagarse. Te podías peinar mirando sus zapatos. Jamás le vi poner las manos en otro sitio que no fuera el periscopio, los prismáticos o la carta. Pasaba revista a los compartimentos con las manos a la espalda, cruzando las puertas estancas con el cuidado con el que montas la espoleta de un torpedo, mientras me dictaba con voz seca todo lo que no era de su agrado, es decir, que estuviera mugriento, sin importar su estado de funcionamiento. Terminado el servicio, volvía directamente a la oficina, se cambiaba de ropa y marchaba al Casino de Oficiales, según él, a tomar «café». Ingenuo de mí, no sabía por entonces que aquella palabra eran las siglas de «Camarada Arriba Falange Española». Muchas cosas pasaron por delante de mis narices aquellos días, y no olí ni una. En fin, aunque hubiera prestado atención, poco hubiera podido hacer un pobre maquinista. La mañana siguiente el jefe me llamaba a su oficina para que le pasara el informe del ejercicio, y así hasta dentro de dos semanas. Ése era todo nuestro contacto con el mando.

Se decía que el comandante estaba relacionado con monárquicos, pero aquellos días se decían muchas cosas. En particular, el cabo electricista Braulio Bieito, más conocido como *Biela*, hablaba mucho para ser de Vigo. Era un hombre enjuto, malcarado, con un bigotillo tirado a escuadra y cartabón. Sus ojos nunca, nunca se cruzaban con

su interlocutor, y, si alguna vez se veía una sonrisa en su boca, era a destiempo. Siempre me había preguntado por qué llamaban «Biela» a quien venía de la rama de electricidad, pero ya se sabe cómo es la Armada: una vez que te cae un mote, puedes darte por bautizado como con agua bendita.

A Biela lo habían expulsado de la Armada por ser del Frente Popular, y sólo había conseguido que lo readmitiesen hacía algunos meses. Es normal que él, que sólo era un pobre electricista, estuviera un poco amargado. A él también le habían jodido la carrera. Comandante y cabo no se podían ni ver. Quizás porque en esta vida estaban, nunca mejor dicho, en el mismo barco.

Aquel verano del 36 teníamos entre nosotros a otro oficial, un chaval recién salido de la academia, el alférez de navío De Loreto. Me caía bien. Tenía una mata de pelo rubio que ni peine, ni gomina, ni la gorra de plato podían mantener en su lugar, y que, junto a unos ojos verde claro, le hacían parecer a veces muy niño. No rehuía el uniforme de faena, respetaba la experiencia, no tenía miedo de preguntar lo que no sabía, nunca estaba fuera de su lugar... y no se le habían subido los galones más de lo justo para quien acababa de cumplir los veinte años. Ya se sabe que la juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo.

En dos palabras, la situación daba mucho tiempo al comandante para hacer lo que diablos hicieran los jefes en sus oficinas. Por él nos hubiéramos podido ir todos a pique, con la única condición de hacerlo en perfecto estado de revista y según el reglamento. Esto nos dejaba la nave al oficial en prácticas y a mí, y, mientras el chaval todo lo quería cambiar para dejarlo igual todo, yo me encargaba, escondiendo una sonrisa, de ponerle los pies en el suelo. Fue un bonito principio de verano, el del 36.

Miguel Aceytuno Comas

Sábado, 18 de julio de 1936

Auxiliar segundo de máquinas Ortega

Los sábados al mediodía formaba la tropa, se pasaba revista, se celebraban las leyes penales y, salvo arrestados y servicios, se daba franco de ría al resto de la dotación. No era una práctica completamente regular, pero permitía al mando el ahorro de los ranchos del mediodía y de la noche. Además, quien más, quien menos, tenía una chiquita en Cádiz o Chiclana, o esperaba consolar su falta con una botella de vino fino y un plato de pescaíto frito. Así, oficiales y suboficiales se despedían hasta el lunes a diana. Cabos y tropa tenían que volver a dormir al arsenal, a menudo algo tambaleantes, aunque se solía hacer un punto la vista gorda. Aun siendo nuestro barco una unidad auxiliar, se suponía que tenía que quedar en ella bastante personal para su servicio. A efectos prácticos, aquella tarde formábamos un suboficial —servidor de ustedes—, *Curriyo* (por mejor nombre «cabo telegrafista don Francisco Cajón»), por si fuera menester suplirme en el mando, y cuatro marineros alumnos para el curso de cabo, que se turnaban resignados cada dos horas bajo la garita de lata.

Curriyo y yo ya habíamos vuelto de comer, por turnos, de la cantina de suboficiales. El cabo no tenía derecho a comer ahí, pero era tan antiguo y querido que se le permitía esta irregularidad y muchas más. Sin nada urgente

que hacer veíamos pasar la guardia sentados a la sombra de la torre, ayudados por una botella de vino. De repente, sin mirarnos, ambos quedamos boquiabiertos y olvidamos la nadería sobre la que estábamos divagando.

—¿Has visto esto, Curriyo?

—Sí, don Ramiro. —Curriyo, de la vieja escuela, nunca me apeaba el tratamiento debido—. Ojú.

Por delante de nosotros, bajo el sol abrasador, acababa de pasar un camión descubierto cargado de marinería con trinchas, cascos y fusiles. En sábado tarde. Lo nunca visto.

—Qué cosa más rara. ¿A ti te han dicho algo de que haya hoy algún ejercicio, o que zarpe alguien, o que venga el almirante? —Rebuscaba entre todas las catástrofes imaginables que podían justificar semejante desatino.

—Ná de ná, don Ramiro. Sábado tarde, dónde iremos a parar...

Seguimos con nuestra plática, pero algo escamados. Diez minutos después, pasaban dos nuevos camiones, igualmente hasta los topes de marinería.

—Desde luego, Curriyo, ya no se respeta ni el fin de semana.

Nos lo estábamos tomando a chungo, pero ni a él ni a mí nos gustaba tanto trasiego. No eran normales semejantes movimientos de tropas por el arsenal, y desde luego mucho menos en sábado... Y no hablemos si iban armados hasta los dientes. Lagarto, lagarto.

Entrecerré los ojos. Bajo el sol abrasador, un oficial en uniforme de paseo corría hacia nosotros: ¡De Loreto! ¡Y con una pistola al cinto! ¿Qué diablos estaba pasando?

Alférez de navío De Loreto

Una de las funciones que había delegado en mí el comandante Pérez-Solá era pasar la revista de los sábados. No era ningún evento espectacular —en teoría, formaban